

COMO ROMPER EL CICLO DE LAS CRISIS DEL PETROLEO

El artículo que se transcribe a continuación apareció en el número de "Business Week" de 17 de Septiembre. Su autor es Robert Kuttner.¹

La crisis militar del Golfo Pérsico es también la tercera crisis del petróleo de Norteamérica en menos de dos décadas. Los años 80 constituyeron una década perdida en materia de política energética. La administración Bush está elaborando ahora una política minimalista en materia de energía: reducción de los termostatos, aislamientos, incentivos para la producción interna, etc. Pero no conviene confiar mucho en la misma.

Después de la primera crisis, las administraciones Ford y Carter tomaron algunas medidas para asegurar el autoabastecimiento. Muchas de las iniciativas resultaron inoperantes. Otras, tales como el programa multimillonario para el desarrollo de la energía solar y otras energías renovables fueron razonables, pero se vinieron abajo con la administración Reagan. Lo mismo les ocurrió a las regulaciones sobre "corporate average fuel efficiency", encaminadas a aumentar el rendimiento de los vehículos, es decir, a la reducción del carburante consumido por éstos.

Desgraciadamente, la disminución de los precios del petróleo y el romance de la administración Reagan con el "laissez faire" arruinó cualquier iniciativa tendente a frenar el consumo o a desarrollar combustibles y carburantes alternativos. La importación de petróleo, que llegó a ser sólo el 28% del consumo en 1982, vuelve a situarse hoy en el 50% del mismo.

Emplazados hoy de nuevo ante el problema, todo indica que una estrategia correcta debería contar con tres elementos: primero, una menor tendencia del petróleo importado. Segundo, el desarrollo de alternativas en el interior del país, insistiendo sobre todo en el uso más eficaz de la energía y en el desarrollo de las fuentes renovables de ésta. Según la Agencia Internacional de la Energía, una mayor eficacia en este campo supone ya el ahorro anual de 250 m.m. de dólares por parte de los países industriales. Si utilizáramos la energía con tanta eficacia como lo hace Japón ahorraríamos 200 m.m. de dólares más. Y tercero, para el petróleo que debemos aún importar, necesitamos un contrato a largo plazo con los países exportadores y en el que se aseguren unos precios estables.

Obsérvese que cada uno de estos objetivos contradice los dictados de la economía convencional. La simple idea de

¹ Robert Kuttner es el especialista económico de "The New Republic" y autor de "The Life of the Party".

"autosuficiencia nacional" de cualquier producto es una afrenta contra la ortodoxia económica, favorable a la libertad de comercio. Pero el petróleo no es un producto cualquiera, y su comercio no es libre. Siempre, desde el primer John D. Rockefeller, la producción de petróleo ha estado cartelizada. En el siglo XIX lo estuvo por los barones depredadores. Durante una gran parte del siglo XX, después del descubrimiento de las grandes reservas del Oriente medio, lo fue por las grandes compañías petrolíferas. A partir de 1973 lo ha sido por la OPEP.

Los economistas insisten que, a largo plazo, ningún cartel puede durar. Ahora bien, como señaló Keynes, a largo plazo todos muertos. Un siglo es una cantidad de tiempo considerable. La extracción del crudo del Oriente Medio cuesta, aproximadamente, 2 dólares el barril. En un mercado libre auténtico, basado en la oferta y la demanda, sin interferencias, el petróleo se vendería por mucho menos de 10 dólares el barril. Pero el precio continuará politizado de una u otra forma. La economía convencional no basta para explicar la política energética.

Debemos estabilizar el precio del petróleo en toda la medida de lo posible, y hemos de utilizar esta estabilidad para desarrollar fuentes alternativas. El establecimiento de puestos -la manera más ortodoxa de influir en los precios- es sólo una parte de esta posible política. También aquí falla la economía convencional. Un impuesto sobre la gasolina, por ejemplo, actúa principalmente como un gravamen regresivo y molesto, pero no frena realmente el consumo. La elasticidad del precio de la gasolina se sitúa entre 0'1 y 0'2, lo que representa que un 100% de aumento del precio reduciría el consumo entre un 10 y un 20 por ciento. La razón es obvia: en ausencia de productos substitutivos o de un sistema de tráfico colectivo perfecto, la mayor parte de los conductores no puede dejar de circular.

Lo que sí debería intensificarse son las medidas dirigidas a mejorar la eficacia de los carburantes. Unos mayores impuestos sobre la gasolina y sobre otros derivados tendrán sentido sólo si son parte de una estrategia más general. Desde que la OPEP tomó el control del cártel del petróleo, los gobernantes han acariciado la idea de un contrato de suministro a largo plazo y con precios estables. La misma OPEP ha parecido sugerir esta solución en diversas ocasiones. Ahora bien, la idea ha sido ridiculizada como impracticable: siempre que hubiera un exceso de oferta, se ha dicho, el precio del contrato se vería reducido. Pero el caso es que hay no pocos ejemplos de contratos negociados libremente y a largo plazo en los que productor y comprador se obligan sobre una determinada cantidad de producto y sobre el precio, sin tener en cuenta, o dejando de lado, las posibles oportunidades (o riesgos) de elevadas ganancias (o pérdidas). Los soviéticos tienen un contrato a largo plazo -que la administración Reagan quiso boicotear- para el suministro de gas natural a la Europa occidental. La tendencia periódica de los precios "spot" del petróleo a minar ("undercut") el precio del contrato podría remediarse con un impuesto variable. Así, por ejemplo, los países productores y consumidores podrían llegar a

un acuerdo a largo plazo para un petróleo valorado en 20 dólares, más un impuesto de 5 dólares por barril. Esto produciría unos ingresos de más de 100 m.m. de dólares al año, que se distribuirían así: una tercera parte se capitalizaría constituyendo un fondo internacional para la financiación de la investigación en materia de energías renovables; otro tercio se rebajaría de la factura de las importaciones de petróleo de los países pobres; y el tercio final se destinaría a la amortización de la deuda del Tercer Mundo, que en sí misma es un legado de una fracasada política energética.

La intervención militar destinada al rescate de los grandes yacimientos de Kuwait es sólo una estrategia a medias. La otra mitad es una política energética seria.

LAS COMPAÑIAS PETROLIFERAS, BENEFICIADAS POR LA CRISIS

(*"The Economist"*)

Las compañías petrolíferas pretenden que las crisis del petróleo no les benefician, lo mismo que al resto de la industria. No se lo crean.

La invasión de Kuwait por parte de Irak no resultó óptima para tales compañías, pero sí fue la mejor noticia que recibieron en mucho tiempo. Por supuesto, deberán hacer frente a una incómoda volatilidad de los precios del crudo, así como a la publicidad negativa que acompaña a aquellos que se aprovechan de la desgracia ajena. Pero piensen en lo que van a ganar mientras prosiga el embargo. Por primera vez en esta década, sus dos mayores negocios -la extracción de crudo de las entrañas de la tierra (fase "upstream", o contra corriente, según la jerga de la profesión) y su refinado para convertirlo en gasolina y otros carburantes (fase "downstream")- contemplan una expansión paralela, simultánea.

Esto es así porque los suministros de crudo y la capacidad de refino necesaria para convertirlo en algo útil se ven limitadas al mismo tiempo. Esto es así en parte a causa del deseo de los clientes de todo el mundo de completar las reservas en previsión de una guerra. Pero también refleja una escasez real en ambos mercados, en especial en el del refino.

Esto debería mejorar la situación económica de las compañías, aunque no se sabe por cuánto tiempo. Si se compara la situación presente del mercado petrolífero con la existente en el momento de las otras dos crisis en 1973 y 1979 se constata que el mercado es hoy mucho más flexible, con muchos más competidores. La nueva capacidad y el menor consumo acelerarán